

LIBRO DE BUEN AMOR
JUAN RUIZ, ARCIPRESTE DE HITA

Sumario

- I. Preliminares.–
 - Diversidad de lecturas.
 - Juan Ruiz y la tradición literaria.
- II. Reflexiones sobre el amor.–
 - Elogio del Amor.
 - Alegato contra el Amor.
 - Respuesta de Don Amor.
 - Condiciones de la mujer.
 - Necesidad de mensajera.
 - Condiciones del amante.
 - Ejemplo: Don Pitas Payas.
 - Elogio del dinero.
- III. Experiencias amorosas.–
 - Amores de Don Melón y Doña Endrina.
 - La serrana fea, aldara, de Tablada.
- IV. Batalla de Don Carnal y Doña Cuaresma.
- V. Más experiencias amorosas y muerte de Trotaconventos.

I. PRELIMINARES.–

Juan Ruiz comienza su obra exponiendo la diversidad de lecturas que puede tener y su intención última al escribir.

Tú que al hombre formaste, ¡Oh mi Dios y Señor!
Ayuda al Arcipreste, infúndele valor;
Que pueda hacer aqueste Libro de Buen Amor
Que a los cuerpos de risa y a las almas vigor.

Si quisieréis, señores, oír un buen solaz,
Escuchad el romance; sosegaos en paz,

No diré una mentira en cuanto dentro yaz:
Todo es como en el mundo se acostumbra y se haz.

No penséis que es un libro necio, de devaneo,
Ni por burla toméis algo de lo que os leo,
Pues como buen dinero custodia un vil correo
Así, en feo libro está saber no feo [...]

Bajo la espina crece la noble rosa flor,
So fea letra yace saber de gran doctor;
Como so mala capa yace buen bebedor,
Así, so mal tabardo, está el Buen Amor [...]

Palabras son del sabio y díjolo Catón¹:
El hombre, entre las penas que tiene el corazón,
Debe mezclar placeres y alegrar su razón,
Pues las muchas tristezas mucho pecado son.

Como de cosas serias nadie puede reír,
Algunos chistecillos tendré que introducir;
Cada vez que los oigas no quieras discutir
A no ser en manera de trovar o decir [...]

Por eso afirma el dicho de aquella vieja ardida
Que no hay mala palabra si no es mal tenida,
Toda frase es bien dicha cuando es bien entendida.
Entiende bien mi libro, tendrás buena guarida.

La burla que escuchares no la tengas por vil,
La idea de este libro entiéndela, sutil;
Pues del bien y del mal, ni un poeta entre mil
Hallarás que hablar sepa con decoro gentil [...]

¹ Orador romano. Es un recurso propio de Juan Ruiz, y de toda la clerecía, respaldar las ideas que expone con la atribución cierta o falsa a algún autor clásico.

En general, a todos dedico mi escritura;
Los cuerdos, con buen seso, encontrarán cordura;
Los mancebos livianos guárdense de locura;
Escoja lo mejor el de buena ventura.

Son, las de Buen Amor, razones encubiertas;
Medita donde hallares señal y lección ciertas,
Si la razón entiendes y la intención aciertas,
Donde ahora maldades, quizás consejo adviertas.

Donde creas que miente, dice mayor verdad,
En las coplas pulidas yace gran fealdad;
Si el libro es bueno o malo por las notas juzgad,
Las coplas y las notas load o denostad.

En estas coplas preliminares Juan Ruiz también se preocupa por introducir su obra dentro de una tradición literaria concreta: el mester de clerecía.

Y porque mejor sea de todos escuchado,
Os hablaré por trovas y por cuento rimado;
Es un decir hermoso y es arte sin pecado,
Razón más placentera, hablar más delicado².

Aunque al final del Libro de Buen Amor, Juan Ruiz parece seguir la tradición juglaresca al querer entregar su obra a los posibles lectores para que sea obra abierta en la que cada persona pueda introducir nuevos textos o alterar lo escrito.

Cualquiera que lo oiga, si hacer versos supiere,
Puede más añadir o enmendar, si quisiere;
Ande de mano en mano, téngalo quien pidiere,
Cual pelota entre niñas, tómelo quien pudiere.

² Podemos comparar las palabras del Arcipreste con las del autor del *Libro de Alexandre*, tantas veces citadas:

Mester traigo fermoso, non es de joglaría,
Mester traigo sin pecado, ca es de clerecía;
Fablar curso rimado, por la cuaderna vía,
A sílabas cuntadas, ca es gran maestría.

³ Este es hecho no es raro, y casi forma parte de la propia clerecía, puesto que el propio Berceo pide en pago de sus versos “un vaso de bon vino” al estilo de los juglares.

Ya que es de Buen Amor, prestadlo de buen grado,
No desmintáis su nombre, no lo hagáis reservado
Ni lo deis por dinero, vendido o alquilado,
Porque pierde su gracia el Buen Amor comprado.

Y en la petición final de la obra, el autor afirma haber hablado en “juglaría”.³

Señores, os he servido con poca sabiduría;
Para dar solaz a todos he hablado en juglaría.
Un galardón sólo pido por Dios: que en la romería
Ofrezcáis un Pater Noster por mí y un Ave María.

Era de mil trescientos y ochenta y un años
Fue compuesto este romance contra los males y daños
Que causan muchos y muchas a otros con sus engaños,
Y por mostrar a ignorantes dichos y versos extraños.

II. REFLEXIONES SOBRE EL AMOR.–

Aquí comienza lo que va a ser el núcleo temático principal de la obra. En primer lugar Juan Ruiz se va a dedicar a exponer una cierta teoría amorosa marcada por una visión muy realista de las relaciones entre hombre y mujer. Comienza esta exposición con un elogio del Amor como elemento básico, positivo, de la vida humana.

Amor hace sutil a quien es hombre rudo;
Convierte en elocuente al que antes era mudo,
Quien antes fue cobarde, después todo lo pudo;
Al perezoso obliga a ser presto y agudo.

Al joven le mantiene en fuerte madurez;
Disimula en el viejo mucho de su vejez,
Hace blanco y hermoso al negro como pez;
Al Amor da prestancia a quien vale una nuez.

Aquel que tiene amores, por muy feo que sea
Y lo mismo su dama, adorada aunque fea,
El uno como el otro no hay cosa que vea
Que tan bien le parezca ni que tanto desea.

El babieca y el torpe, el necio y el muy pobre
A su amiga parecen muy bueno y rico hombre,
Más noble que los otros; por tanto, todo hombre
Cuando pierde un amor, otro enseguida cobre [...]

Una falta le hallo al Amor poderoso
La cual a vos, señoras, descubrirla no oso;
Pero no me toméis por decidor medroso,
Aquí está: que el Amor es un gran mentiroso.

Pues según os he dicho en anterior conseja,
Lo torpe, con amor, a todo bien semeja,
Parece cosa noble lo que vale una arveja,
Lo que parece no es: aplica bien la oreja.

Si las manzanas siempre tuvieran tal sabor
Por dentro como tienen por fuera buen color,
No habría entre las plantas fruta de tal valor.
Se pudren enseguida, pero ¡dan buen olor!

Lo mismo es el Amor; con su palabra llena
Cualquier cosa que diga siempre parece buena;
No siempre es un cantar el ruido que suena,
Por advertiros esto, señoras, no os de pena.

Dicen que la verdad rompe las amistades,
Pero por no decirla nacen enemistades;
Entended del proverbio las sabias claridades;
Lisonja de enemigo no guarda lealtades.

Tras el elogio del Amor, visto como fuerza que es capaz
de transformar la realidad en ficción, el trasunto
literario de Juan Ruiz, el Arcipreste, comenzará un
fuerte alegato contra el Amor, precisamente por su
capacidad de convertir la verdad en mentira y la mentira
en verdad, pero también por la esclavitud que supone
para el amante.

Con enojo muy grande le empecé a denostar;
Le dije: “-Si Amor eres, no puedes aquí estar,
Eres falso, embustero y ducho en engañar;
Salvar no puedes uno, puedes cien mil matar.

Con engaños, lisonjas y sutiles mentiras
Emponzoñas las lenguas, envenenas tus viras,
Hiere a quien más te sirve tu flecha cuando tiras;
Separas de las damas a los hombre, por iras.

Enloquecidos trae a muchos tu saber;
Les estorbas el sueño, el comer y el beber,
Haces a muchos hombres a tanto se atrever
Por ti, que cuerpo y alma llegarán a perder [...]

Cuando a uno aprisionas no le alivias con nada,
Hoy y mañana humillas su vida acongojada;
El que te cree, preso gemirá en tu mesnada
Y por placer poquillo andará gran jornada.

Eres tan enconado que al que hieres de golpe
No sana medicina, emplasto ni jaroque;
No hay hombre recio y fuerte que contigo se tope
Que por diestro que sea no se haga blando y torpe.

De cómo debilitas a todos y los dañas
Muchos libros se han hecho; de cómo los engañas
Con tus muchas zalemas y con tus malas mañas;
Siempre vences al fuerte; se cuenta en tus hazañas.”

Al Arcipreste le responde la personificación del Amor,
que reprende a su pupilo por el ataque directo. Según
don Amor, la culpa de las malas experiencias del

Arcipreste no las tiene la relación amorosa en sí, sino el desconocimiento de sus técnicas.

“Si hasta ahora ninguna concesión alcanzaste de damas y de otras a quien adoraste, échalo en culpa tuya, pues por ti fue que erraste ya que a mí no viniste ni consultaste.

Quisiste ser maestro sin discípulo ser,
No conoces mis artes ni cómo has de aprender;
Oye y lee mi aviso y sabrás cómo hacer,
Recobrarás tu dama y otras sabrás traer.”

A partir de ahora, don Amor va a dedicarse a dar al Arcipreste una serie de consejos que debe seguir en todo intento de relación amorosa. El primero de ellos se refiere a la mujer de la que debe enamorarse.

Busca mujer hermosa, atractiva y lozana,
Que no sea muy alta, pero tampoco enana;
Si pudieras, no quieras amar mujer villana,
Pues de amor nada sabe, palurda y chabacana.

Busca mujer esbelta, de cabeza pequeña,
Cabellos amarillos, no teñidos de alheña,
Las cejas apartadas, largas, altas, en peña;
Ancheta de caderas, esta es talla de dueña.

Ojos grandes, hermosos, expresivos, lucientes
Y con largas pestañas, bien claros, rientes;
Las orejas pequeñas, delgadas; para mientes
Si tiene el cuello alto, así gusta a las gentes.

La nariz afilada, los dientes menudillos,
Iguales y muy blancos, un poco apartadillos,
Las encías bermejas, los dientes agudillos,
Los labios de su boca bermejitos, angostillos.

La su boca pequeña, así, de buena guisa,
Su cara sea blanca, sin vello, clara y lisa;
Conviene que la veas primero sin camisa
Pues la forma del cuerpo te dirá: ¡esto aguisa!

En la cama muy loca, en la casa muy cuerda;
no olvides tal mujer, sus ventajas recuerda.
Estos que te aconsejo con Ovidio concuerda
Y para ello hace falta mensajera no lerda.
Hay tres cosas que tengo miedo de descubrir,
Son faltas muy ocultas, de indiscreto decir:
De ellas, pocas mujeres pueden con bien salir,
Cuando yo las mencione se echarán a reir.

Guárdate bien no sea vellosa ni barbuda
¡el Demonio se lleve la pecosa velluda!
Si tiene mano chica, delgada o voz aguda,
A tal mujer el hombre de buen seso la muda.

Le harás una pregunta como última cuestión:
Si tiene el genio alegre y ardiente el corazón;
Si no duda, si pide de todo la razón,
Si al hombre dice sí, merece tu pasión.

El segundo consejo de don Amor va referido a la necesidad de emplear una vieja mensajera para que ponga en contacto a los amantes. Pero esa mensajera debe cumplir una serie de requisitos.

“Si le envías recados, sea tu embajadora
una parienta tuya; no sea servidora
de tu dama y así no te será traidora:
todo aquel que mal casa, después su mal deplora.

Procura cuanto puedas que la tu mensajera
Sea razonadora, sutil y lisonjera,
Sepa mentir con gracia y seguir la carrera,
Pues más hierve la olla bajo la tapadera.

Si parienta no tienes, toma una de las viejas
Que andan por las iglesias y saben de callejas;
Con gran rosario al cuello saben muchas consejas,
Con llanto de Moisés encantan las orejas.

Estas pavas ladinas son de gran eficacia,

Plazas y callejuelas recorren con audacia,
A Dios Alzan rosarios, gimiendo su desgracia;
¡ay!, las pícaras tratan el mal con perspicacia.

Toma vieja que tenga oficio de herbolera,
Que va de casa en casa sirviendo de partera,
Con polvos, con afeites y con su alcoholera
Mal de ojo hará a la moza, causará su ceguera.

Procura mensajera de esas negras pacatas
Que tratan mucho a frailes, a monjas y a beatas,
Son grandes andariegas, merecen sus zapatas:
Esas trotaconventos hacen muchas contratas.

Donde estén tales viejas todo se ha de alegrar,
Pocas mujeres pueden a su influjo escapar;
Para que no te mientan las debes halagar,
Pues tal encanto usan que saben engañar.

De todas esas viejas escoge la mejor,
Dile que no te mienta, trátala con amor,
Que hasta la mala bestia vende el buen corredor
Y mucha mala ropa cubre el buen cobertor.”

El último consejo de don Amor habla de las condiciones
que ha de tener el amante para seducir a la mujer.

“Dale joyas hermosas cada vez que pudieres;
cuando dar no te place o cuando no tuvieres,
promete, ofrece mucho, aunque no se lo dieres:
cuando esté confiada hará lo que quisieres.

Sírvela, no te canses, sirviendo el amor crece;
Homenaje bien hecho no muere ni perece,
Si tarda, no se pierde; el amor fallece
pues siempre el buen trabajo todas las cosas vence.

Agradécele mucho cuanto ella por ti hiciere,
Ensálzalo en más precio de lo que ello valiere,
No te muestres tacaño en lo que te pidiere

Ni seas porfiado contra lo que dijere [...]

Haz a la dama un día la vergüenza perder
Pues esto es importante, si la quieres tener,
Una vez que no tiene vergüenza la mujer
Hace más diabluras de las que ha menester [...]

Si sabes instrumentos de música tocar,
Si eres hábil y diestro en hermosos cantar,
Alguna vez y poco, en honesto lugar,
Do la mujer te oiga no dejes de probar.

Por una sola causa la mujer no se muda,
Pero muchas unidas te prestarán ayuda;
Al saberlas, la dama alejará la duda
Y no pasará el tiempo sin que al reclamo acuda [...]

Por eso, huye del vino y cuida tus gestos;
Al hablar con la dama di requiebros compuestos,
Ten los dichos hermosos para decir bien prestos,
Háblale suspirando, ojos en ella puestos.

No charles muy deprisa, pero no seas lento,
No muy arrebatado, tampoco macilento;
Si puedes obsequiarla, no seas avariento
Y a lo que prometieres da siempre cumplimiento [...]

No quieras jugar dados, no seas tahúr gananciero,
Pues es mala ganancia, peor que de usurero;
El judío por año, da tres por cuatro, pero
El tahúr en un día dobla su mal dinero [...]

No seas malediciente ni seas envidioso;
Con la mujer sensata no te muestres celoso,
Si no tienes razones, no seas despechoso;
De lo suyo no seas pedigüeño, ambicioso.

No alabes ante ella, de otra el buen parecer,
Pues con ello enseguida la harás entristecer,
Pensará que a la otra querrías tú tener;

Tal conducta podría tu pleito entorpecer.”

Como ejemplo de lo que puede suceder si el hombre no cumple alguna de esas condiciones, don Amor cuenta al Arcipreste lo que le sucedió a don Pitas Payas, pintor de Bretaña.

Dejó uno a su mujer (te contaré la hazaña;
Si la estimas en poco, cuéntame otra tamaña).
Era don Pitas Payas un pintor de Bretaña,
Casó con mujer joven que amaba la compañía.

Antes del mes cumplido dijo él:–Señora mía,
A Flandes volo ir, regalos portaría.
Dijo ella:–Monseñer, escoged vos el día,
Mas no olvidéis la casa ni la persona mía.

Dijo don Pitas Payas:–Dueña de la hermosura,
Yo volo en vuestro cuerpo pintar una figura
Para que ella os impida hacer cualquier locura.
Contestó:–Monseñer, haced vuestra medida.

Pintó bajo su ombligo un pequeño cordero
Y marchó Pitas Payas cual nuevo mercadero;
Estuvo allá dos años, no fue azar pasajero.
Cada mes a la dama parece un año entero.

Hacía poco tiempo que ella estaba casada,
Había con su esposo hecho poca morada;
Un amigo tomó y estuvo acompañada,
Deshízose el cordero, ya de él no queda nada,

Cuando supo la dama que venía el pintor,
Muy de prisa llamó a su nuevo amador;
Dijo que le pintase, cual supiese mejor,
En aquel mismo lugar, un cordero menor.

Pero con la gran prisa pintó un señor carnero,
Cumplido de cabeza, con todo un buen apero.
Luego, al siguiente día, vino allí un mensajero:
Que ya don Pitas Payas llegaría ligero.

Cuan al fin el pintor de Flandes fue venido,
Su mujer, desdeñosa, fría le ha recibido:
Cuando ya en su mansión con ella se ha metido,
La señal que pintara no ha echado en olvido.

Dijo don Pitas Payas:–Madona, perdonad,
Mostradme la figura y tengamos solaz.
Monseñer –dijo ella–, vos mismo la mirad:
Todo lo que quisieres hacer, hacedlo audaz.

Miró don Pitas Payas el sabido lugar
Y vio aquel gran carnero con armas de prestar.
–¿Cómo, Madona, es esto? ¿Cómo puede pasar
que yo pinté corder y encuentro este manjar?

Como en estas razones es siempre la mujer
Sutil y mal sabida, dijo:–¿Qué, Monseñer?
¿Petit corder, dos años, no se ha de hacer carner?
Si no tardaseis tanto aun sería corder.

Por tanto, ten cuidado, no abandones la pieza,
No seas Pitas Payas, para otro no se cueza;
Incita a la mujer con gran delicadeza
Y si promete al fin, guárdate de tibieza.

Alza Pedro la liebre, la saca del cubil,
Mas, si no la persigue, es un cazador vil;
Otro Pedro la sigue, la corre más sutil
Y la toma: esto pasa a cazadores mil.

El gran apoyo a la hora de seducir a la mujer, según don Amor, es el dinero, considerado en la obra de Juan Ruiz como el motor de todas las cosas que en el mundo hay. Es por esa razón que los consejos de don Amor terminan con un elogio de las propiedades que tiene el dinero, del que siempre tendrá que valerse el Arcipreste en su vida.

Hace mucho el dinero, mucho se le ha de amar;
Al torpe hace discreto, hombre de respetar,

Hace correr al cojo, al mudo le hace hablar;
El que no tiene manos bien lo quiere tomar.

Aun al hombre necio y rudo labrador
Dineros le convierten en hidalgo doctor;
Cuanto más rico es uno, más grande es su valor,
Quien no tiene dineros no es de sí señor.

Si tuvieses dinero tendrás consolación,
Placeres y alegría y del Papa ración,
Comprarás el Paraíso, ganarás la salvación:
Donde hay mucho dinero hay mucha bendición.

Yo vi en corte de Roma, do está la Santidad,
Que todos al dinero tratan con humildad,
Con grandes reverencias, con gran solemnidad;
Todos a él se humillan como a la Majestad.

Creaba los priores, los obispos, abades,
Arzobispos, doctores, patriarcas, potestades;
A los clérigos necios, dábales dignidades,
De verdad hace mentiras; de mentiras, verdades.

Hacía muchos clérigos y muchos ordenados,
Muchos monjes y monjas, religiosos sagrados,
El dinero les daba por bien examinados:
A los pobres decían que no eran ilustrados.

Yo he visto a muchos monjes en sus predicaciones
Denostar al dinero y a las sus tentaciones,
Pero., al fin, por dinero otorgan los perdones,
Absuelven los ayunos y ofrecen oraciones.

Dicen frailes y clérigos que aman a Dios servir,
Mas si huelen que el rico está para morir
Y oyen que su dinero empieza a retiñir,
Por quien ha de cogerlo empiezan a reñir.

En resumen lo digo, entiéndelo mejor:
El dinero es del mundo el gran agitador,

Hace señor al siervo y siervo hace al señor;
Toda cosa del siglo se hace por su amor.

III. EXPERIENCIAS AMOROSAS.–

Tras la reflexión más o menos teórica sobre el amor y sus ayudantes (el dinero, sobre todo, y el disimulo y el engaño), el Arcipreste comienza su ciclo de experiencias eróticas en las que pretende poner en práctica los consejos recibidos de don Amor.

AMORES DE DON MELÓN Y DOÑA ENDRINA

Don Melón de la Huerta (en quien se ha transformado el Arcipreste) ha visto a doña Endrina de Calatayud en la plaza y se ha enamorado de ella.

¡Ay Dios! ¡Y qué hermosa viene doña Endrina por la plaza!
¡Qué talle, qué donaire, qué alto cuello de garza!
¡Qué cabellos, qué boquita, qué color, qué buenandanza!
Con dardos de amor hiere cuando sus dos ojos alza.

Don Melón de la Huerta se decide a hablarle, pero ella se muestra reacia a sus requiebros. En vista de ello, y siguiendo los consejos de don Amor, pide ayuda a Trotaconventos, que comienza su trabajo de la siguiente manera:

La buhonera con su cesto va tocando cascabeles,
Pregonando sus joyas, sortijas y alfileres.
Decía: –¡Llevo toallas! ¡Compradme estos manteles!”
Doña Endrina la vio y dijo: “–Entra aquí, no receles.”

Entró la vieja en casa; díjole: “–Mi señora, hija,
Para esa mano bendita, acepta esta sortija.
Dejadme que, en secreto, una ocurrencia os diga
Que he pensado esta noche. Poco a poco la aguija.

–Hija, siempre estáis en la casa encerrada.
Envejecéis a solas, sin ser vista ni admirada:
Salid, mostrad en la plaza vuestra beldad loada;
Entre cuatro paredes, no vais a ganar nada.

En esta villa vive gallarda mancebía,
Muy apuestos mancebos de mucha lozanía,
En todas las costumbres mejoran cada día,
Nunca se ha reunido tan buena compañía.

Aunque soy pobre, me acogen con cordialidad;
El mejor y el más noble de linaje y beldad
Es don Melón de la Huerta, buen chico de verdad:
A los demás supera en hermosura y bondad.”

Doña Endrina no se fía ni de la vieja ni de las intenciones de don Melón, pero acaba yendo a casa de Trotaconventos. El mancebo finge pasar por casualidad y llama con gran violencia. He aquí su asombro al encontrar a su amada en lugar tan poco respetable:

¡Señora doña Endrina, por mí tan bien amada!
Vieja, ¿por eso me tenías la puerta cerrada?
¡Gran día es este en que hallé tal dama celada!
Dios y mi buena ventura me la tuvieron guardada.

Pésela enfado inicial, los deseos lascivos de don Melón, ayudados por la vieja, se cumplen, y doña Endrina increpa así a Trotaconventos:

Doña Endrina le dijo “-¡Qué viejas tan perdidas!
Traéis a las mujeres engañadas, vendidas;
Ayer me dabas mil cobros, mil artes, mil salidas;
Hoy, ya deshonrada, todas resultan fallidas.”

Pero Trotaconventos pone fin a tanta desesperación con esta sentencia:

Pues que por mí, según dices, el daño ha venido,
Por mí quiero que el bien os sea restituido:
Sed vos su mujer; sea él vuestro marido;
Todo vuestro deseo lo dejo así cumplido.

⁴ *Panphilus de amore*, obra latina en la que se inspiran muchos de los episodios relatados.

⁵ El poeta romano Ovidio Nasón a quien, erróneamente, se atribuía durante la Edad Media el *Pamphilus*.

Y, en efecto,
Doña Endrina y don Meló, mujer y marido son;
En la boda, los amigos se alegran con razón.
Si es malo lo contado, otorgadme perdón,
Que lo feo de esta historia es de Pánfilo⁴ y Nasón⁵.

LA SERRANA FEA, ALDARA, DE TABLADA

Si en el episodio anterior don Melón de la Huerta (personaje en el que se había transformado el Arcipreste) sigue fielmente los consejos de don Amor y termina la historia amorosa de manera feliz (matrimonio), en los episodios que le siguen, el Arcipreste no va a seguir esos consejos –sobre todo en lo referente al tipo de mujer que el hombre ha de amar– y su final será el fracaso o, en el mejor de los casos, la no satisfacción total del personaje. Estos episodios de fracaso amoroso tienen todos en común el estar protagonizados por mujeres de la sierra muy alejadas de los cánones de don Amor. De todas estas experiencias seleccionamos una: la serrana de Tablada.

Hace siempre mal tiempo en la sierra y la altura,
O nieva o está helando, no hay jamás calentura;
En lo alto del puerto sopla ventisca dura,
Viento con gran helada, rocío y gran friúra.

Como el hombre no siente tanto frío si corre,
Corrí cuesta abajo, más, si apedreas torre,
Te cae la piedra encima, antes que salgas horre.
Yo dije: “-¡Estoy perdido, si Dios no me socorre!”

Desde que yo nací, no pasé tal peligro:
Llegando al pie del puerto encontréme un vestiglo,
Lemas grande fantasma que se ha visto en el siglo,
Yegüeriza membruda, talle de mal ceñiglo.

Con la cuita del frío y de la gran helada,
Le rogué que aquel día me otorgase posada.
Díjome que lo haría si le fuese pagada;
Di las gracias a Dios; nos fuimos a Tablada.

Sus miembros y su talle no son para callar,
Me podéis creer, era gran yegua caballar;
Quien con ella luchase mal se habría de hallar,
Si ella no quiere, nunca la podrán derribar.

En el Apocalipsis, San Juan Evangelista
No vio una tal figura, de tan terrible vista;
A muchos costaría gran lucha su conquista,
¡no sé de qué diablo tal fantasma es bienquista!

Tenía la cabeza mucho grande y sin guisa
Cabellos cortos, negros, como corneja lisa,
Ojos hundidos, rojos; ve poco y mal divisa;
Mayor es que de osa su huella, cuando pisa.

Las orejas, mayores que la de añal borrico,
El su pescuezo, negro, ancho, velludo, chico;
Las narices muy gordas, largas, de zarapico,
¡sorbería bien pronto un caudal de hombre rico!

Su boca era de alano, grandes labios muy gordos,
Dientes anchos y largos, caballunos, moxmordos;
Sus cejas eran anchas y más negras que tordos.
¡Los que quieren casarse, procuren no estar sordos!

Mayores que las mías tiene sus negras barbas;
Yo no vi más en ellas, pero si más escarbas,
Hallarás, según creo, lugar de bromas largas,
Aunque más te valdrá trillar en las tus parvas.

Mas en verdad, yo pude ver hasta la rodilla,
Los huesos mucho grandes, zanca no chiquitilla;
De cabrillas del fuego una gran manadilla,
Sus tobillos, mayores que de una añal novilla.

Más ancha que mi mano tiene la su muñeca,
Velluda, pelos grandes y que nunca está seca;
Voz profunda y gangosa que al hombre da jaqueca,
Tardía, enronquecida, muy destemplada y hueca.

Es su dedo meñique mayor que mi pulgar,
Son los dedos mayores que puedes encontrar,
Que, si algún día, ella te quisiere espulgar,
Dañarán tu cabeza cual vigas de lagar.

Tenía en el justillo las sus tetas colgadas,
Dábanle en la cintura porque estaban dobladas,
Que, de no estar sujetas, diéranle en las ijadas;
De la cítara al son bailan, aun no enseñadas.

Costillas muy marcadas en su negro costado,
Tres veces las conté, mirando acobardado.
Ya no vi más, te digo, ni te será contado,
Porque mozo chismoso no hace bien el recado.

IV. BATALLA DE DON CARNAL Y DOÑA CUARESMA.

Se acerca la Cuaresma y Juan Ruiz recibe una carta en que ésta desafía a don Carnal, su enemigo. El Arcipreste decide pelear al lado de doña Cuaresma y prepara el singular combate que es, en definitiva, una parodia de las batallas de los poemas épicos. Lo primero que nos encontramos es la descripción del ejército de don Carnal:

Puso en las avanzadas muchos buenos peones,
Gallinas y perdices, conejos y capones,
Ánades y lavancos y gordos ansarones;
Allí se ejercitaban, cerca de los tizones [...]

Detrás de los citados, están los ballesteros,
Los patos, las cecinas, costillas de carneros,
Piernas de puerco frescas, los jamones enteros;
Detrás de todo esto vienen los caballeros.

Las tajadas de vaca; lechones y cabritos
Que por allí saltaban y daban grandes gritos.
Luego, los escuderos: muchos quesuelos fritos
Que dan con las espuelas a los vinos bien tintos.

Tras la presentación del ejército de don Carnal, relata
Juan Ruiz la batalla:

El primero de todos que hirió a don Carnal
Fue el perro cuelliblanco, y dejólo muy mal,
Le obligó a escupir flema, ésta fue la señal.
Pensó doña Cuaresma que era suyo el real.

Vino luego en su ayuda la salada sardina
Que hirió muy reciamente a la gruesa gallina,
Se atravesó en su pico ahogándola ahína;
Después, a don Carnal quebró la capellina.

De parte de Valencia venían las anguilas,
Saladas y curadas, en grandes manadillas;
A don Carnal le daban por entre las costillas,
Las truchas del Alberche le daban en las mejillas [...]

La mesnada del mar reunióse en tropel,
Picando las espuelas, dieron todos en él;
No quisieron matarle, tuvieron pena de él
Y, junto con los suyos, le apresan en cordel.

Vencen las tropas de doña Cuaresma, y don Carnal es
hecho prisionero. Un fraile le obliga a hacer penitencia,
lo cual permite al Arcipreste explicar las virtudes de la
confesión. Don Carnal, sin embargo, se escapa y el día
de Pascua entra triunfante en el mundo acompañado de
don Amor:

Víspera era de Pascua, abril casi pasado,
El sol había salido y el mundo iluminado;
Circuló por la tierra un anuncio sonado:
Que dos emperadores al mundo habían llegado.

Estos emperadores Amor y Carnal eran;
Salen a recibirlos cuantos a ambos esperan;

Las aves y los árboles hermosos tiempos agüeran,
Y los enamorados más que nadie se esmeran.

V. MÁS EXPERIENCIAS AMOROSAS Y MUERTE DE TROTAACONVENTOS.–

Pasado el tiempo de Cuaresma, el Arcipreste busca a
Trotaconventos para que le consiga nuevos amoríos.
Ahora será una dama a la que vio rezando, la monja
doña Garoza (que acabará muriendo) y una mora (que
no corresponderá al Arcipreste). Tras estas experiencias
muere Trotaconventos y el poeta increpa a la muerte en
unos versos que responden a la tradición poética de los
plantos funerales, en los que se exaltan las virtudes del
difunto y se insulta a la muerte:

¡Ay muerte! ¡Muerta seas, muerta y mal andante!
Me has matado a mi vieja, ¡matárasme a mí antes!
Enemiga del mundo, a ti nada hay semejante,
De tu recuerdo amargo, nadie hay que no se espante.

Muerte, a aquel que tú hieres arrástraslo, cruel,
Al bueno como al malo, al noble y al infiel,
A todos los igualas por el mismo nivel;
Para ti, reyes, papas, valen un cascabel [...]

¡Ay, mi Trotaconventos, mi amiga verdadera!
Viva, te querían muchos; muerta, yaces señora.
¿Dónde te me han llevado? No sé cosa certera:
con noticias nunca vuelve quien anda esa carrera.

Tras la muerte de la vieja, el Arcipreste busca otra
persona que le sirva como mensajera en sus aventuras
amorosas. Encontrará un recadero, pero todos los
nuevos amores que intenta fracasarán por la
indiscreción de su intermediario. Tras estas historias, el
libro termina como había empezado: con una alabanza
a la Virgen María. Añadirá Juan Ruiz también una serie
de composiciones de tipo jocoso para estudiantes
pedigüeños, cantares de ciego, etcétera.